

CARTA A UN JOVEN QUE DUDA

MARC VILARASSAU ALSINA, SJ*

Fecha de recepción: noviembre de 2011

Fecha de aceptación y versión final: febrero de 2012

RESUMEN

«Los jóvenes no somos religiosos y no creemos ni en Dios ni en la trascendencia». Quien pretenda negarle validez a este tópico va a tener que esgrimir razones de mucho peso y hacer gala de una determinación a prueba de prejuicios y frases hechas. Es algo universalmente adquirido el hecho de que «el joven de hoy» no va a la iglesia, no le gusta la religión, se aburre en misa y no cree en «cosas de abuelas». Pero ¿quiere eso decir que no aspira a Dios y ha dejado definitivamente de buscarlo? Me permito dudarle, a la luz de tantas cartas como la de este joven que navegan en el océano de una aparente indiferencia, a la espera de que alguien las lea y les dé una respuesta, aunque sea balbuciente.

PALABRAS CLAVE: significado, fe, compromiso, espiritualidad.

LETTER TO A YOUNG PERSON QUESTIONING HIS FAITH

ABSTRACT

«We, young people, are not religious and do not believe in God or in transcendence». Anyone denying the validity of such a statement will have to make a compelling argument while showing a prejudice- and cliché-proof determination. The fact that the «youth of today» do not go to church, do not like religion, get bored at church and do not believe in «old people's stuff» seems to be a somewhat universally shared reality. But, does this mean that they do not aspire to find God and that they no longer seek Him? I allow myself to question this, in the light of the large number of letters, such as the one from this young person that set sail into a sea of seeming indifference waiting for someone to read and reply to them, even if it may be nonsense.

KEY WORDS: meaning, faith, commitment, spirituality.

Querido amigo, con tu carta has querido compartir algunas de tus perplejidades, sobre todo las que hacen referencia a Dios y a la religión, al igual que dos amigos pueden compartir un café en un bar del centro. Mi respuesta no pretende ser la solución a «tu problema», sino un elemento más para tu reflexión. Pienso que no se trata tanto de «encontrar soluciones» como de «buscar significado». Las soluciones pueden satisfacer inquietudes, pero el significado da sentido e impulso a nuestras vidas.

La religión como camino

La búsqueda de Dios no es más que un largo aprendizaje, y si no, que pregunten a los místicos y los profetas. No hay nada más lejos de esta búsqueda que el mundo cerrado y miedoso de las seguridades decretadas o los blindajes religiosos, cuando se dan, obsesionados con preservar al hombre de su esencia más noble: la de disponer responsablemente de su libertad y su capacidad de raciocinio. Esta es, sin duda, una de las tentaciones ancestrales de toda religión. Y no solo de la religión. Tu modesta experiencia en este campo ya te ha permitido vislumbrar una verdad de la que yo participo plenamente: la religión no es en sí buena o mala; las que son buenas o malas son, en todo caso, las personas que la profesan. La religión es un camino para acercarse a una

verdad y una ayuda para vivir las consecuencias que esta verdad supone para la vida de quien se proclama creyente. Si ayuda a eso, es buena, y si no, es mala.

Es por eso por lo que profesar una religión, sea la que sea, y no tratar de ponerla en práctica no parece que tenga mucho sentido. Pero aquí empieza el lío y el escándalo, cuando una «misma» profesión lleva a prácticas tan diferentes y, a menudo, antagónicas o irreconciliables. Gandhi y los extremistas del Cachemira son todos hindúes; la periodista yemení Tawakul Karman, premio Nobel de la Paz, y los miembros de Al Qaeda son todos musulmanes; Martin Luther King y los telepredicadores radicales son todos protestantes; los esclavistas y los mártires guaraníes eran todos católicos; etc.

¿Qué sucede, entonces? Sucede que Dios no escoge religiones, sino personas, para manifestarse; y es a través de las personas como revela su justicia, su amor y su voluntad liberadora. La religión puede estar al servicio de esta revelación de Dios, o bien puede pretender poner a Dios a su servicio. Por eso nos es difícil soportar a una persona o una institución que quiera convertir a Dios a su religión personal, poniéndole en la boca constantemente sus conveniencias y legitimando todas sus ambigüedades con el sello inapelable de la divinidad. Este es el peor pecado que podemos cometer los hombres, lo que más duramente condenó Jesús de Nazaret: practicar la injusticia, el crimen y la mentira en nombre de Dios.

Fueron algunos de los fariseos del tiempo de Jesús, las guerras santas en nombre de Alá, la también santa Inquisición, la justificación burda de la esclavitud, la bendición de los dictadores en América Latina y, por no ir tan lejos, el rechazo puritanista de los homosexuales y de todos aquellos que no cumplen las condiciones que las buenas costumbres y las leyes naturales imponen. La historia, en este punto, se repite, y la tentación de hacer decir a Dios lo que nos conviene no es nada fácil de superar. Cada uno de nosotros debe examinar lúcidamente hasta qué punto cae en esta tentación, aunque no le pongamos el nombre de Dios a lo que nos legitima.

El sol y las nubes

Tú mismo haces una definición muy atractiva de lo que debería ser la religión cuando hablas de «una vía para llegar al Amor», y también das un matiz interesante de este Amor, diciendo que es «el lugar donde todas las grandes religiones convergen»; pero enseguida te desanimas cuando el crudo realismo te lleva a reconocer que, si estas religiones o «vías hacia el Amor... son interpretadas o ejecutadas por el hombre, siempre estarán muy lejos de esta verdad que es Dios». Te invito a ver en esta constatación un motivo de esperanza. Al mismo tiempo que una limitación importante, es también una garantía de la imposibilidad real de manipular Dios.

A menudo vemos a Dios como un contrincante del hombre, siempre «más allá» para las cosas buenas y «demasiado cerca» para las cosas malas. Hacemos contratos y pactos negociados con él y queremos que sea siempre previsible, según lo que nos convenga en cada momento: así le podemos echar las culpas cuando algo sale mal, o bien pensamos que se esconde de nosotros para fastidiarnos precisamente cuando más lo necesitamos. Nos parecemos al niño que, contrariado, le pregunta al padre: «Padre, ¿por qué se esconde el sol detrás de las nubes?». Y el padre le responde: «Te equivocas, hijo; el sol está delante de las nubes, eres tú el que está detrás». Lo más honesto no es echarle la culpa al sol, sino a las nubes; y lo más sensato es esperar a que pasen.

La fe no es un simple asentimiento de la voluntad ni tampoco una herencia automática, al menos no la fe adulta, y perdona que le ponga este calificativo. Tú mencionas que es triste que se tenga que «trabajar la fe para no perderla, como la fuerza física», y realmente sería muy triste si trabajar la fe quisiera decir «comerse el tarro para tragarse una idea muy abstracta y rehuir las dudas». En este sentido, tienes toda la razón: lo peor que se puede hacer con la fe es «trabajarla», ya que la fe tiene tanta relación con las dudas como lejos está de ser una idea abstracta. Y acudo a la experiencia personal.

La fe y las creencias

Mi abuela siempre había estado obsesionada con sus dudas, porque para ella las dudas eran señal de falta de fe. Por otro lado, sus amigas tenían las cosas muy claras y nunca dudaban de nada. Ella sentía la presencia de Dios, pero muchas veces sentía el vacío de quien se acerca al silencio y tiene que dar un paso adelante. Entonces se quedaba desnuda, agarrada al hilo delgado de la fe, sin otro apoyo. Sus amigas, en cambio, manifestaban solo la certeza que proviene de estar firmemente anclado en creencias sólidas. Entre mi abuela y sus amigas solo había una diferencia: mientras ellas tenían creencias, ella tenía fe.

Con esto no quiero decir que no hay que tener creencias. Una fe sin creencias y, por lo tanto, sin convicciones, es una fe blanda, que se escurre con las primeras lluvias. Lo que quiero decir es que las creencias pueden convertirse fácilmente en ideas abstractas, desligadas totalmente de nuestra vida: puedo manifestar ampulosamente que Dios es omnipotente, altísimo, y que lo amo sobre todas las cosas y, al tiempo (sin que esto me provoque mucho conflicto), maltratar a mi mujer, evadir impuestos y rechazar al vecino porque es de otra raza. Es evidente que la fe tiene como fundamento algunas creencias, pero, en último término, es la «confianza en alguien» y no la «certeza en algo» lo que define y da sentido radical a una fe.

Las certezas no comprometen; la confianza, sí. Porque confiar supone asumir un riesgo, el riesgo de la fe. Una fe y unas creencias que no comprometan (y, por tanto, que no arriesguen) son como paja que se lleva el viento. Nada más lejos de dejarse comer el tarro. Por tanto, y volviendo a tu queja legítima, no es la fe la que exige trabajo, sino el compromiso que nace de la fe. Dicho con otras palabras, lo que cuesta es ser coherente con esa fe; lo que cuesta es darle «carne» a esa fe para evitar que se quede en puro «espíritu».

Sencillo, que no fácil

Tú mismo reconoces, con cierta inquietud, que *«quizá todo se reduce a vivir amando, independientemente de este o aquel Dios, hacer el bien, darse a los demás, como san Francisco de Asís, prescindiendo de uno mismo»*, y ciertamente sería difícil resumirlo con más simplicidad y exactitud a la vez. Pero que sea sencillo no quiere decir que sea fácil, y para comprender esto no hay que hacer muchos ejercicios mentales, teniendo al alcance, como tenemos, una historia tan cargada de resistencias (personales y sociales) que contradicen patéticamente aquello que parecía tan simple.

A Gandhi le sedujo irresistiblemente el Dios de la paz y el amor incondicional, pero esta seducción le llevó a un compromiso muy serio por la lucha no-violenta, hasta el punto de perder la vida en el intento. Podríamos decir lo mismo de Nelson Mandela, luchador contra el *apartheid* en Sudáfrica; de [Aung San Suu Kyi](#), la líder disidente birmana; de Rigoberta Menchú, portavoz de los indígenas guatemaltecos; de Anna Politkovskaya, periodista que murió por denunciar los crímenes del estado ruso en Chechenia... y de tantos y tantas otras.

Por otra parte, nosotros también somos objeto de confianza en la relación de la fe, de una confianza que se mantiene a pesar de nuestras incoherencias. Sin esta experiencia de reciprocidad, la relación de amistad que es la fe se desliza hacia alguno de sus dos extremos viciados: ya sea el victimismo o el voluntarismo. El victimismo sustituye la confianza por la dependencia servil. Se trata de hacer muy grande al otro para justificar nuestra pequeñez y, de este modo, ahorrarnos el crecer. El voluntarismo, por su lado, mide la confianza con el termómetro de la eficacia y solo computa los resultados positivos. En el fondo, pone de manifiesto la dificultad de ir más allá de la confianza en uno mismo. El primero hace difícil la solidaridad; el segundo, la misericordia.

Vivir en «clave» de verdad

A menudo, la palabra «Verdad» nos da miedo, y no sin razón, puesto que en su nombre se han hecho muchas animaladas. Nos suena a fundamentalismo. Solo creemos, y aún, en las verdades personales. Cada uno la suya, y todas igual de respetables. En caso de existir una «Verdad», así, en singular y en mayúsculas, será una especie de suma aritmética de todas nuestras pequeñas verdades particulares, por lo que no vale la pena tenerla en mucha consideración.

Para posibilitar la convivencia entre todas estas pequeñas verdades solo hay que establecer unas condiciones mínimas que aseguren la tolerancia y el respeto mutuo, que no es poco. Pero tampoco es suficiente. Solo por algo vivido como verdadero, es decir, como dotado de un valor absoluto para uno mismo, como sujeto de la atención y el deseo más profundos, se puede llegar a «apostar» toda la vida. El evangelio de Mateo refleja muy bien lo que quiero decir: «*Es parecido a un tesoro escondido en el campo: el hombre que lo descubre, lo vuelve a esconder y, loco de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo*» (Mt 13,44). Mientras no encontremos un tesoro –una Verdad con mayúsculas–, iremos «acumulando» nuestra vida, pero no encontraremos en qué «gastarla», porque nada valdrá suficientemente la pena.

Todas las religiones se basan en una pretensión de lo absoluto, es decir, tienen como fundamento último la creencia en una verdad universal, en función de la cual todas las otras verdades se han de discernir. En este sentido, la religión parece incompatible con el aparente relativismo de las verdades personales. Pero no tiene por qué ser así. El cristianismo también se fundamenta en una verdad (podríamos decir) absoluta. Pero no se trata de una verdad al estilo «Coca-Cola», que es inmutablemente la misma sean cuales sean las particularidades de los consumidores.

La verdad en la que se basa la fe cristiana, en cambio, es una verdad revelada en la vida de un hombre que respondía al nombre de Jesús de Nazaret. Él nos muestra que la única verdad radical –y, por tanto, absoluta– es esta: *nuestras vidas tienen sentido en la medida en que son donación gratuita por amor a los demás*. Una verdad fundamental que debemos traducir cada uno a nuestro lenguaje personal, según la medida de nuestra disponibilidad. Este es nuestro único y auténtico tesoro, nuestra gran Verdad. No hay que comerse el tarro para ver que se trata de un tipo de verdad que no puede ser poseída y que, por consiguiente, no se puede imponer a los demás. Solo se puede compartir, celebrar y predicar con el ejemplo.

La película «Cadena Perpetua» nos muestra cómo los reclusos de una penitenciaría de alta seguridad, después de vivir muchos años encerrados en el mismo edificio, haciendo cada día sensiblemente lo mismo y rodeados de la misma gente, acaban «institucionalizados», es decir, no pueden imaginarse a sí mismos en una realidad diferente de la de la cárcel. Por eso, cuando finalmente obtienen la libertad condicional, no son capaces de vivir sin todas las dependencias impuestas a lo largo de tantos años. La privación de la libertad es su manera de vivir. Del mismo modo, podríamos decir que el problema de las religiones no es que propongan una verdad universal, sino que la «institucionalicen», de tal forma que se acabe identificando la verdad con la institución religiosa que profesa. La Verdad no necesita defensores uniformados, sino gente que la transparente y que la viva. Solo de esta manera puede ser creíble.

Una historia salvada

Ahora me remito de nuevo a mi experiencia personal, a las razones que me han llevado a seguir una «vía hacia el Amor» y no otra, hasta el punto de asumir, no sin conflictos, todas las consecuencias que esta opción conlleva. Es evidente que si hubiera nacido en la India, mi religión sería la hindú; pero con esta aparente objeción seguiríamos estancados en el nivel de los valores universales de todas las religiones y en su repercusión sociológica, y yo quisiera ir más allá. Quiero revelarte un descubrimiento que me ha iluminado mucho desde no hace mucho tiempo y que, a pesar de su obviedad aparente, no es ni tan corriente ni tan consolador como para mí lo está siendo. Y es que *yo soy mi historia*, con todos sus momentos grises, que son

muchos, y con todos sus aciertos, que no son pocos. Solo conociéndola, acogiéndola y amándola, puedo vivir libremente y creativamente el presente. Un ejemplo vale más que mil razonamientos, aunque sea un nuevo paréntesis:

A los doce años tuve un accidente haciendo volteretas en el trampolín de una piscina. Me llevaron corriendo al hospital. Mi padre se quedó haciéndome compañía mientras esperábamos el hilo y la aguja –fueron 20 puntos, de una oreja a otra–. En aquellas circunstancias me dio por llorar, mientras mi padre pasaba su mano por mi nuca y me decía: «*Llora tranquilo, llora todo lo que necesites*». No me preguntó por qué lloraba, no hacía ninguna falta: ambos sabíamos que no era el daño, ni el susto, ni nada de eso; lloraba porque él estaba conmigo y me pasaba la mano por la nuca, sencillamente. Este gesto, como tantos otros, se ha convertido para mí en un sacramento entrañable de la paternidad de Dios. He recibido de sus manos toda mi historia, llena de momentos «buenos» y momentos «malos», y la he recibido como una caricia, como pasando la mano por el cogote: la he recibido salvada.

Pues bien, parte de esta «historia salvada» es la experiencia religiosa que desde pequeño y de muchas maneras diferentes he ido recibiendo, unas veces para rechazar y otras para agradecer, como ocurre con todas las influencias que nos configuran. En esta historia hay momentos cruciales que se destacan por su significación especial; son aquellos que quedan fijados en la memoria porque han supuesto cambios de dirección clave para entender dónde estoy ahora. Son las migas de pan que te sirven en un momento dado para rehacer el camino recorrido.

Y a lo largo de este camino, todas las migas de pan me hablan de lo mismo: *Solo el amor es capaz de dar un sentido a nuestras vidas y un futuro a nuestras historias. Y solo un Dios que se ofrece Él mismo, en Cristo Jesús, puede dar sentido plenamente a ese amor*. Los evangelios son la descripción de esta manera de hacer de Jesús, de su estilo de vida, de su fe, de su mensaje..., de su Dios. Desde entonces, mucha gente ha encontrado en ellos la razón y la fuerza para vivir entregadamente. Es el pueblo itinerante de Dios, del que yo silenciosamente me siento formando parte.

Espiritualidad en lugar de religión

Me dejo para el final el tema que más me interesa en estos momentos, aunque quizá no sea el que más te interese a ti. Me refiero a esa pregunta que me lanzas de pasada, como quien no quiere la cosa: «*¿No te has preguntado por qué cada vez hay más gente que practica el yoga y menos gente que va a misa?*». Podría quitarme de encima la pregunta con relativa facilidad, arguyendo, qué sé yo, la eclosión del individualismo en la sociedad contemporánea, o bien la pérdida de un eslabón en la cadena de transmisión de la fe, o mejor la caída del sentido del precepto religioso como estructurador de la vida social... Pero esta pregunta tiene para mí mucha más metralla de la que parece, y es por ello por lo que me gustaría no quedarme en cuatro argumentos extraídos precipitadamente de la más elemental sociología contemporánea de la religión.

Son muchos los que parecen reconocer, como tú, un cierto renacimiento de la espiritualidad. Uno de los programas de éxito de la radio pública catalana tiene por objeto, precisamente, la espiritualidad en su espectro más amplio. Las tradicionales casas de Ejercicios se llenan con cursos y retiros que proponen las más diversas formas de espiritualidad alternativa: reiki, terapia del barro, musicoterapia, constelaciones familiares, danza contemplativa... El panorama se nos ha poblado de videntes, de chamanes, de curanderos, de maestros, de marabús, de nigromantes. Cierto es que la gente de tu edad miráis todas estas cosas a una distancia prudencial, pero debes saber que causan furor a partir de los treinta y cinco. Cuando has consumido los mejores años en fuegos fatuos, entonces llega el momento de hacer balance y buscar algo que llene el vacío que te va quedando.

Me refiero a todo lo vinculado a la *new age*, a toda forma de sincretismo, a toda práctica espiritual desvinculada de la tradición religiosa materna. No voy aquí a criticarla; al revés: me

parece estupendo, y estoy convencido de que hacen un gran bien a mucha gente que, de otra manera, quedaría huérfana de espiritualidad. De la misma manera que a mí me va estupendo ir a bailes de salón y a mi hermano Pere tirarse en parapente. Lo que me parece excesivo es cuando se envuelven todas esas técnicas espirituales en un aura pseudorreligiosa, insinuando que son capaces de suministrar al sujeto algo más que un bienestar temporal, nada despreciable por otra parte. El yoga puede ser una práctica saludable pero no salva a nadie del egoísmo, de la mentira y de la maldad. El reiki te deja los chacras como nuevos, a condición de que no seas tetrapléjico ni estés postrado por la enfermedad en una cama de hospital. Todas estas técnicas saludables han ocupado, en todo caso, el lugar de las formas tradicionales de espiritualidad, pero no han ocupado el lugar de Dios, que ha quedado vacante.

El drama de una espiritualidad sin Dios

Permíteme que te hable de «El fin es mi principio», una película relativamente reciente que, a mi parecer, representa a la perfección el máximo al que puede aspirar una espiritualidad sin Dios, esto es, un complejo combinado de panteísmo, orientalismo y egolatrismo. Y lo digo, créeme, sin la mínima intención de menosprecio. El gran testamento espiritual del protagonista, después de haber pasado en su juventud un tiempo preceptivo en la India, es una lección de cómo morir de «muerte natural», de cómo despedirse de este cuerpo «sin numeritos», de cómo fundirse de nuevo en el magma informe de lo divino sin angustias existenciales que no llevan a nada.

El protagonista, a falta de un Dios a quien adorar, lo cual sería altamente empobrecedor, se ha construido un templo a sí mismo en el margen del jardín de la preciosa villa italiana donde vive retirado. En ese «templo» retiene fotos y olores, silencios y sabores... que hablan de la sabiduría adquirida, del camino recorrido, de los paisajes del alma en los que ha habitado...

El «otro», representado por la mujer y el hijo que le hace la entrevista, son espectadores ajenos a ese drama, invitados a contemplarlo desde la barrera sin poder tocarlo. No importa lo que sientan, lo que teman, lo que sufran, lo que esperen... Deben asistir pasivos al desenlace, sin participar de él, solo tomando notas y teniendo siempre a punto el «atrezzo». Me parece especialmente significativo el papel de la mujer: calla, observa, cocina... con una delicadeza exquisita para no interferir en su mundo, como si tuviera bien asumido su papel de actor de reparto en una película que no es la suya.

El gran proyecto frustrado de monje budista, de sadhu en un ashram, de ermitaño del monte Athos... ha encontrado el modo ideal de combinar todo eso sin las servidumbres de la soledad, el celibato y la vinculación a la tradición religiosa correspondiente. Como puedes comprobar, el cóctel espiritual ideal para nuestros tiempos.

Un Dios arrodillado

Pero todo esto es anecdótico. ¿Sabes cuál es para mí el drama de toda espiritualidad sin Dios? Pues que sin Dios uno no puede arrodillarse y rezar, no puede referirse a alguien, más que referirse a algo, sea lo que sea este «algo»: una idea, una energía o un objeto. Sin Dios, hay que divinizar la naturaleza, el amor humano, la belleza o el ego. Criaturas todas ellas que, siendo divinas, no son Dios. Yo no quiero adorar las cosas, por sublimes que sean, como si fueran mi Dios; más bien adoro a Dios presente en todas ellas, haciendo que sean lo que son para mi felicidad y para su gloria.

¿Qué hacer, entonces, con esa necesidad invencible de arrodillarme? ¿Resistirla, como hacen los ascetas del ateísmo más consecuente? ¿Claudicar, como hacen los hedonistas, ante cualquier imagen? ¿Sublimarla, como hacen los gurús falsamente religiosos? ¿Convertirla en autoadoración, como hace el protagonista de «El fin es mi principio»?

¿Sabes cuándo he podido, por fin, arrodillarme? Cuando me he encontrado a un Dios que estaba ante mí, arrodillado. Solo entonces he sabido qué hacer con esa necesidad invencible que me urgía desde dentro. Y la religión, que no el yoga, me ha suministrado la única manera eficaz de hacerlo. La religión toda entera –y no solo las prácticas o los ideales o los preceptos morales– no tiene otro objetivo que el de llevarme de la mano ante Dios... y ahí dejarme. Y hasta ahora, que yo sepa, no conozco ninguna otra mediación capaz de hacer eso sin quedarse a medias y sin avergonzarse. Es por eso que, a pesar del auge del yoga, no he dejado de ir a misa.

Llegados a este punto, empieza a hacerse más escurridizo el discurso y entramos de nuevo en el terreno de la perplejidad, el mismo lugar donde terminó tu carta y comenzó la mía. Después de caminar un rato juntos, yo me desvíé entre la niebla y tú sigues tu propio camino. Solo te dejo, eso sí, un pequeño consejo: que trates de buscar siempre compañeros de camino, aunque sea solo para pequeñas distancias; que te dejes llevar de esta necesidad sincera cuando la sientas, al igual que lo has hecho conmigo, porque el fin de la perplejidad no es quedarse estancada en sí misma, sino llevarnos a la sorpresa, y de la sorpresa al agradecimiento

* Trabaja en pastoral juvenil. Lleida. <mvilarassau@gmail.com>.